



Las V Jornadas de Antropología Visual tienen el honor de presentar la exposición Corte de caja del fotógrafo Francisco Mata Rosas. Esta exposición forma parte de las actividades con las que en 2009 celebramos cinco años de promover el uso creativo de los medios audiovisuales a partir de la antropología, las ciencias sociales y las humanidades.

Francisco Mata: 25 años reinventando lo cotidiano

Corte de caja es una selección de fotos representativas de los primeros 25 años de trayectoria profesional de Mata Rosas. Estas imágenes nos ofrecen un repertorio de escenas -tan cotidianas como extraordinarias- que ocurren en las calles y lugares públicos de distintas ciudades. Se trata de una serie de crónicas visuales que se entrelazan y nos narran una nueva historia, donde la ironía y la contradicción son los principales ingredientes poéticos.

La mirada de Mata no es meramente contemplativa, mucho menos pretende simplemente atestiguar hechos y registrar la realidad. En cada foto reinterpreta libre y creativamente el mundo que encuentra a su paso, pero sin perder nunca la perspectiva y el carácter documental. En su trabajo queda claro que observar no lo es todo, es evidente la importancia de participar y asumirse parte de la escena que captura. Su cámara no es testigo sino cómplice, lanza una mirada que refleja a la vez que es reflejada; se coloca en la intersección de distintos puntos de vista y propicia un nuevo cruce de miradas. Al mismo tiempo, sus fotografías nos transmiten la sensación de estar ahí, nos transportan momentáneamente al lugar de la toma, nos hacen vivir la calle, no solamente observarla, sino escucharla, olerla y sentirla; provocan una experiencia multisensorial. Su obra consigue un equilibrio entre apreciación estética y compromiso ético, concilia el gusto por mirar con el impulso por documentar. Por todo esto, consideramos que las fotografías de Francisco Mata poseen un gran valor antropológico.



[Haz clic aquí para ver el catálogo de la exposición "Corte de caja"](#)
Los inventarios de la calle, por Fabrizio Mejía Madrid

De adolescente, allá en los inicios de los años setenta, Francisco Mata dividía su vida entre la escuela y la imprenta de su padre. Pero ninguna de esos dos puntos era lo que le atraía. En cambio, lo subyugaba el trayecto. Rumbo a la escuela, la secundaria 102, en Doctor Márquez y lo que después se llamaría el Eje Central, Francisco Mata pasaba por la colonia Obrera, donde el espectáculo de lo popular ---la mentira más verdadera de la ciudad de México--- era la propia banqueta. La casa paterna estaba justo entre dos tipos de ciudad: la Narvarte, de clase media, y la Buenos Aires, el barrio de tráfico de piezas de automóviles robados. Lo suyo no era la escuela: a la secundaria 102 iban los rechazados de las demás y uno de sus compañeros, años más tarde, sería un secuestrador quien, tras las rejas, diría: "No lo hice por dinero, sino por la adrenalina". Tampoco estaba hecho para la imprenta, negocio familiar, salvo porque ahí tomó por primera vez una cámara fotográfica.

---Odiaba ensuciarme por dentro las uñas ---explica ahora, cuarenta años más tarde, con una cerveza en la mano. Es una tarde de sol y amenazas de tempestad, como la de todos los veranos en esta ciudad---Y, mírame ahora: me la paso en las imprentas checando todo cada vez que saco un libro.



Corte de caja: una celebración, por Sandra Lorenzano

"Quisiera finalizar con estas palabras de Diane Arbus: "si se observa la realidad desde bastante cerca...la realidad se vuelve fantástica". Entendamos este calificativo de una manera ambigua: como fascinante y como fantasiosa, esto último desde luego, es agregado mío.

Las fotos de Francisco Mata Rosas nos enseñan a mirar nuestra fantástica realidad. Nos enseñan a conocerla. Comparten con nosotros las claves para saber que lo fascinante está a la vuelta de la esquina. Su lente lo capta y nos lo entrega con complicidad y desafío. Y esas imágenes son ya, sin duda, parte de nuestra memoria. Nos develan un rostro que, como en el espejo negro de la historia, es también siempre el nuestro. Nos muestran lo que vemos todos los días sin mirarlo, pero también aquello extraordinario que apenas percibimos porque – hay que decirlo – casi todo lo que aparece en las calles de esta ciudad “posapocalíptica” se sale de lo común: una manta con la virgen de Guadalupe colgada en la mitad de la nada, o la torre de más de cincuenta sombreros que alguien carga en el hombro, o el danzante que frente al Sagrario Metropolitano se sumerge en el humo del copal, o el niño que lleva en su mirada toda nuestra historia de derrotas y en la cabeza una máscara de Carlos Salinas.



El caos urbano se vuelve inteligible a través de sus fotografías. Nuestro horror: entrañable. El fakir, el Cristo de Iztapalapa, las calaveras con que homenajeamos a los muertos de SIDA. O las multitudes que apiñan sus ganas de pasarla bien a pesar de todo, o el amor y el desconsuelo que se dan la mano (o la espalda) en el metro. Nuestros “rituales del caos”. Está todo en las imágenes de Francisco Mata. Estamos todos. Y el sentido del humor, que no siempre es voluntario, nos devuelve algo así como una esperanza en este mundo en blanco y negro. O a veces sólo negro. Negrísimo.

"Corte de caja" es la celebración por 25 años de mirar atentamente, cómplicemente (¿se valdrá este adverbio?), un mundo que es el nuestro. Con nuestros colores y nuestros desasosiegos. Con la sorpresa que aparece en cualquier calle y que – imagino – dispara a la vez la pupila y la cámara de Francisco. Por eso quizás al escuchar su nombre pensamos inmediatamente en esta ciudad "enorme, gris, monstruosa" de la que habla el poeta. Pero hay mucho más que "México Distrito Federal" (léase con la música de Chava Flores) en esta propuesta que abrevia tanto en los mejores fotógrafos del mundo – pienso en Eugene Smith o en Henri Cartier-Bresson - como en la riquísima y renovadora tradición mexicana: de Nacho López a los Álvarez Bravo, de Héctor García a Marco Antonio Cruz o Lourdes Grobet.

Mata Rosas ha buscado durante años hablar de un presente desgarrado, complejo, violento. Su trabajo como fotoreportero resulta imprescindible para conocer la historia reciente. Para ver de cerca los rostros de Chiapas, o de La Habana. Para saber que los cuerpos, las poses, los gestos, pueden dejar de ser el escenario de un despojo ancestral para volverse autoafirmación gozosa (por eso cada retrato es único, mientras las imágenes de Jesucristo, en cambio, se reproducen al por mayor).

Una pura insinuación, eso son estas fotos: al mostrar sugieren. Ya sea que hablen del metro o que construyan esas atractivas – y muchas veces inquietantes – instalaciones urbanas, le apuestan a un discurso estético sutil, cuidado, en el cual los diversos tonos del gris son la modulación de un lenguaje de múltiples voces, de luces y sombras infinitas.

Cuando aparece el color en sus imágenes, suele aparecer también el humor. Ése que se lee en las paredes de la ciudad, en los carteles de los negocios, en el abigarramiento que ignora los pudores y se regodea con el cuerpo a cuerpo. Y es que siempre, en estas calles, "Somos un chingo y seremos más...". Siempre seremos más.

La propuesta de Francisco combina el documentalismo y la denuncia, la experimentación y la búsqueda estética, porque sabe que "...la fotografía tiene mucho por hacer; no sólo informando atenta a una realidad marcada por el reloj de los acontecimientos, sino también y sobre todo, por la representación de esta realidad ambigua que invita a la reflexión, por el análisis y el planteamiento creativo ya que, recordemos, la acción de ver es una acción del pensamiento".

Celebramos con Francisco Mata Rosas y sus imágenes este cuarto de siglo de crear y revelar

mundos para que cada uno pueda encontrar su verdadero rostro al mirarse en los otros.